



Esperanza activa – participación activa

**La Liturgia y la Reforma del Vaticano II como
lugar de esperanza y medio para llevar al hombre
contemporáneo a la experiencia de Dios**

**Active hope - participation hope. The Liturgy
and the Second Vatican Council Reform
as a hoping means allowing contemporary man
to have the experience of God**

*Felipe Agudelo Olarte**

*“El hombre no está hecho para la derrota, un hombre puede ser
destruido pero no derrotado.... Es una idiotez no abrigar esperanzas.
Además, creo que es un pecado”
Ernest Hemingway, *El viejo y el mar**

* Bachiller canónico en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana y estudiante de IV Semestre de Teología en la misma Universidad. Ponencia ganadora del segundo puesto en la mesa de Teología de la Acción en el Coloquio de estudiantes de Teología de la Red de Instituciones de Teología en Colombia (TeoRed). Universidad San Buenaventura, Bogotá. Agosto 16 de 2013.
Correo electrónico: agudelofelipe2002@hotmail.com

Artículo recibido el 2 de septiembre 2013 y aprobado para su publicación el 18 de octubre de 2013.

Resumen:

La Liturgia tiene como fundamento la celebración del Misterio Pascual del Señor y éste mismo lo es a la vez de la fe y la esperanza cristiana, siendo así que la misma liturgia es lugar de esperanza para el hombre contemporáneo y de una esperanza que aspira a su consumación plena en la meta escatológica. Sin embargo, para una vivencia de la esperanza en la acción litúrgica, es necesaria una “participación activa” como lo afirma la constitución *Sacrosanctum Concilium* (no. 48), por medio de la cual el hombre descubre y palpa la presencia de Dios que abre el horizonte de su existencia y le permite observar su propia realidad de una forma diferente, esperanzadora.

Palabras clave:

Esperanza, Participación activa, *Sacrosanctum Concilium*, Liturgia, Reforma Litúrgica

Abstract:

The liturgy has as its foundation the celebration of the Paschal Mystery of the Lord, which in turn is the basis of Christian faith and hope. It is for this reason that the liturgy itself is a place of hope for the contemporary man, and of a hope that aspires to its complete fulfillment in the eschatological scale. However, in order to fully experience hope during the liturgical action, an “active participation” is required as has been stated by the Constitution on the Sacred Liturgy *Sacrosanctum Concilium* (# 48) through which the faithful discover and feel the presence of God, so that it may open the horizons of their existence and allow them to see their own reality in a different way, one which is full of hope.

Keywords:

Hope, Active Participation, *Sacrosanctum Concilium*, Liturgy, Liturgical reform.



Introducción – Cuando Dios toca el corazón y mueve a la fe

La tarde del 25 de diciembre de 1886, un joven de tan sólo 18 años, escéptico, fuertemente sensible a lo artístico y literario, un gran prospecto de intelectual, decide ingresar a la Catedral de Notre Dame de París en el momento del rezo solemne de las Vísperas y exactamente mientras los niños del coro entonan el solemne *Magnificat*. Será ese momento el que dará un vuelco a

su existencia, como el mismo lo escribirá varios años después describiendo lo que en él sucedió:

“Entonces, se produjo el acontecimiento clave: en un instante, mi corazón fue tocado y creí. Creí, con tal fuerza de adhesión, con tal agitación de todo mi ser, con una convicción tan fuerte, con tal certeza que no dejaba lugar a ninguna clase de duda. De modo que todos los libros, todos los

Keywords:

Hope, Active Participation, *Sacrosanctum Concilium*, Liturgy, Liturgical reform

Introducción – Cuando Dios toca el corazón y mueve a la fe

La tarde del 25 de diciembre de 1886, un joven de tan sólo 18 años, escéptico, fuertemente sensible a lo artístico y literario, un gran prospecto de intelectual, decide ingresar a la Catedral de Notre Dame de París en el momento del rezo solemne de las Vísperas y exactamente mientras los niños del coro entonan el solemne *Magnificat*. Será ese momento el que dará un vuelco a su existencia, como el mismo lo escribirá varios años después describiendo lo que en él sucedió:

“Entonces, se produjo el acontecimiento clave: en un instante, mi corazón fue tocado y creí. Creí, con tal fuerza de adhesión, con tal agitación de todo mi ser, con una convicción tan fuerte, con tal certeza que no dejaba lugar a ninguna clase de duda. De modo que todos los libros, todos los razonamientos, todos los avatares de mi agitada vida no han podido sacudir mi fe ni, a decir verdad, tocarla. De repente, tuve el sentimiento desgarrador de la inocencia, de la eterna infancia de Dios. Era una verdadera revelación interior. Fue como un destello: “¡Dios existe y está ahí! ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! ¡Me ama!” (Claudel, 1940, p. 11 ss)

Su nombre es Paul Claudel, quien llegaría a ser un gran diplomático, poeta, escritor y pensador francés en su época y uno de los principales representantes del catolicismo en la literatura moderna.

El encuentro vivido por él, en el que su corazón fue tocado y lanzado a la fe en medio de aquél momento de la Liturgia de Navidad, es también



una llamada a descubrir en la liturgia un lugar en el que el hombre puede encontrarse con Dios, sentir su presencia personal, vivir la esperanza y la sustancia de ésta: la fe (Cf. *Spe salvi*, n. 10). En la Liturgia, como en ningún otro momento, el hombre se encuentra y recibe a Dios, del cual tiene una necesidad insoslayable, ya que sin Él queda sin esperanza (Cf. *Ib.*, n. 23).

En el presente trabajo queremos acercarnos al insondable mar de la Liturgia de la Iglesia como lugar de esperanza para el hombre contemporáneo, teniendo presente lo enunciado por la Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* en especial respecto al concepto de “participación activa” como medio para la vivencia plena del misterio celebrado, en el marco de la celebración de los 50 años de su aprobación.

1. Esperanza activa – La Liturgia como lugar de esperanza

El fundamento de la esperanza y de la fe cristiana es la Resurrección del Señor (Cf. 1 Cor 15, 17), en ella se ha revelado para el hombre un nuevo horizonte sin límite y es este Misterio de la Pascua el que celebra la *ecclesia orans* en su Liturgia.

Precisamente en la Liturgia, el Misterio Pascual se hace memorial y actualización. En ella no se conmemora algo pasado, sino que se celebra como algo actual. Si para el judío el *zikkaron* hacía actual

los acontecimientos del pasado. O quizá mejor, hacía contemporáneo del pasado a los hombres de hoy: compañeros de Moisés y de los demás que salieron con él un día de Egipto. Ya que la historia llena de contenido la liturgia, pero la liturgia a su vez, aviva la historia apagada por el transcurso del tiempo. Esta idea significará trasplantada a suelo cristiano, que el cristiano debe hacerse, mediante la liturgia, contemporáneo de Cristo (Cantalamesa, 2007, p. 46).

Para el hombre contemporáneo la misma Liturgia trae a otro que desea ser su contemporáneo y compañero en los avatares de su historia: al Señor, al Resucitado que amplía al hombre su horizonte abriendo así para él la esperanza. Pero, ¿por qué es esperanza para el hombre? ¿Qué es aquello propiamente que él necesita y que lo halla en la Liturgia?

La respuesta es sencilla: una presencia, la Presencia de Aquél que los discípulos y María de Magdala hallaron en la mañana del día de Pascua, una presencia diferente a las demás, pero no menos real.

La esperanza del hombre, como lo expresaba el filósofo judío Martín Buber, es hallar un Tú en el cual cada persona descubre su propio Yo, ya que sin éste Tú eterno y el encuentro con Él, la vida del hombre carece de todo fundamento, pues sólo es vida verdadera aquella vivida en el encuentro (Cf. Buber, 1969, p. 16).

La Liturgia es el lugar de la presencia de Cristo, y por esto es lugar de esperanza para el hombre¹.

A la vez, esta esperanza celebrada en la Liturgia, como verdadera esperanza, es escatológica². Así lo expresa el apóstol Pablo uniendo los dos polos de la escatología cristiana: Resurrección y Parusía, ambos presentes en la celebración de la Iglesia: “Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, -escribe él- ¡somos los más dignos de compasión de todos los hombres! ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron” (1Co 15, 19-20). La esperanza que halla su lugar propio en la Liturgia grita su consumación plena en la espera de la Venida del Señor y la conquista de dicha esperanza por el creyente.

1 La misma SC profundiza en la presencia de Cristo en la Liturgia en su no. 7 (las cursivas son nuestras): “Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre *presente* en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está *presente* en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está *presente* con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está *presente* en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está *presente*, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt. 18,20)”.

2 Es interesante tener presente lo afirmado por D. Borobio (2008): “Por ello puede decirse que la Eucaristía es como el centro en el que desembocan todas nuestras esperanzas, el lugar donde nos encontramos con la gran esperanza, y por el que sabemos que esta esperanza va a llegar un día a su plenitud. Por algo la fe afirma que la Eucaristía es por antonomasia la prenda de vida eterna: *pignus aeternae gloriae*, y que en ella se unen de modo especial la liturgia del cielo y la de la tierra: *O sacrum convivium in quo Christus sumitur. Recolitur memoria passionis eius; mens impletur gratia et futurae gloriae nobis pignus datur* (p. 158).

Este elemento escatológico como característica de la Liturgia es propio de su esencia y data desde sus inicios como lo revelan los testimonios de las fuentes más remotas (Cf. Castellano, 1987, p. 660). Incluso el relato paulino de la institución finaliza afirmando: “Cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga” (1 Cor 11, 26). Desde los inicios del cristianismo, la celebración del Memorial del Señor va unida a la espera de su Venida. La Eucaristía, como escribe el carmelita J. Castellano (Ib., p. 665), permite que “pasado, presente y futuro salvíficos vengan a concentrarse en ella” y “remite al banquete escatológico, lo anticipa en la fe y lo hace deseable en la esperanza” (Ídem).

No deja de ser llamativo el que en la Liturgia ambrosiana, la exclamación que en la liturgia latina es propia de los fieles tras la consagración, es dicha por el mismo sacerdote unida a las palabras consecratorias de la Sangre del Señor al añadir como palabras de Él mismo: “y les mandó, diciéndoles: cuantas veces hicieris esto, lo haréis en memoria mía. Proclamaréis mi Muerte, anunciaréis mi Resurrección, esperaréis mi llegada, hasta que venga a vosotros desde el cielo en mi Segunda Venida” (Molinero, 1992, p. 157)³.

Refuerza lo anterior, la discutida expresión aramea *mara,na qa, -marána thá-* de 1 Cor 16, 22, la cual, como lo expresa el ya citado P. Jesús Castellano (Ib.), si bien posee un sentido polivalente,

hoy preferencialmente se interpreta a la luz de la frase de Ap 22, 20: “Ven, Señor, Jesús”. Idéntica fórmula litúrgica aparece en la sección eucarística del libro de la Didajé, en un contexto más amplio y con variantes filológicas en distintas versiones antiguas: “Venga la gracia y pase este mundo... Maranatha. Amén”; la versión copta escribe: “Venga el Señor y pase este mundo...”. Se ha escrito que tal frase, con su ardiente invocación de la venida del Señor, expresa el clima escatológico de las primitivas celebraciones eucarísticas; pero es a la vez una confesión y rúbrica de fe que unifica la referencia al Señor resucitado con la referencia a su retorno glorioso (p. 666).

El fundamento cristiano de la fe, la esperanza y por consiguiente de la Liturgia es el Misterio Pascual del Señor, el cual se celebra de forma privilegiada en la Vigilia Pascual. Este fue para los primeros cristianos el momento de la

3 *Passionem meam praedicabitis, resurrectionem meam adnuntiabitis, adventum meum sperabit donec iterum veniam ad vos de coelis*

espera de la Venida inminente del Señor, como lo atestiguan algunos textos pascuales del s. IV de Jerónimo, Agustín y otros escritores (Cf. Ib., p. 670).

La Liturgia en cada *ritus et preces*, en cada rito y oración, revela la esperanza que celebra y que se nos ha dado en Cristo y que en Él espera su plena consumación en las realidades últimas de las cuales se tiene experiencia en la misma Liturgia⁴.

Sin embargo, es necesario tener presente que dicha espera en tensión escatológica que anima la Liturgia no anula la vivencia y el compromiso con el presente para el hombre de hoy, pues, como bien lo afirma el teólogo español Dionisio Borobio (2008): “La esperanza no es sólo algo que nos proyecta hacia un futuro eterno, es un existencial permanente que da sentido al presente actual”, ya que ella, “lejos de narcotizar la esperanza existencial que dinamiza los esfuerzos y luchas cotidianas, los potencia y los llena de sentido, consciente de que también en ello comienza ya a realizarse lo que solo al final llegará a su plenitud” (p. 165).

La esperanza cristiana lo ilumina todo de tal forma, que permite comprender su devenir, siendo así que, el futuro que en la acción sagrada empieza a desvelarse, extiende sus rayos y, desde la acción de cada hombre que es permeado por el Misterio celebrado, la realidad del mundo de hoy es empezada a ser transfigurada.

4 En la eucología de la Liturgia de la Eucaristía la oración post comunión expresa la gran mayoría de veces la realidad de la presencia sacramental celebrada y recibida, como también la espera escatológica. Un ejemplo de esto se halla en la actual oración postcomunión del Domingo de Ramos: *Sacro munere satiati, supplices te, Domine, deprecamur, ut, qui fecisti nos morte Filii tui sperare quod credimus, facias nos, eodem resurgente, pervenire quo tendimus* (Saciados con estos dones, te suplicamos Señor que del mismo modo que la muerte de tu Hijo nos ha hecho esperar lo que nuestra fe nos promete, que su resurrección nos alcance la plena posesión de lo que anhelamos). Nótese cómo esta oración aúna los elementos trabajados en esta primera parte del presente texto: Misterio Pascual, Fe, Esperanza, Escatología.

2. Participación activa – Un apropiarse de la esperanza en la Liturgia

Todo lo dicho anteriormente respecto a la Liturgia como lugar de esperanza, puede quedarse en un simple espectáculo al cual se asiste y se contempla desde una tribuna sin tener parte a lo que en el escenario se desarrolla si en ella cada cual no celebra y participa de forma activa y consciente.

Este concepto ya nombrado desde el principio “participación activa” posee un largo desarrollo especialmente en el transcurso del siglo pasado el cual no alcanzamos a desarrollar en su totalidad aquí⁵, pero cuyos rasgos breves y esenciales sí es necesario explicar.

La noción de “participación activa” como ideal clave del Movimiento Litúrgico fue lanzada en 1909 por Dom Lambert Beauduin monje de la abadía de Mont-César en Lovaina, Bélgica. Sin embargo, él la retomó del *Motu Proprio* sobre el canto sagrado que el Papa Pío X había publicado unos años antes -1903- y que hasta hoy, dicha noción, expresará el ideal de la reforma litúrgica comenzada por el Vaticano II.

Pero, ¿qué era lo que se vivía hasta antes de la Reforma y que incluso en su momento percibió Dom Beauduin que era necesario cambiar? ¿Cuál era el ambiente que exigía una participación activa? ¿Qué caracterizaba la celebración precedente a la reforma del Vaticano II? Enrico Mazza (2003) describe esta situación de forma clara y sucinta:

Era caracterizada por una marcada pasividad: la misa era considerada acción del sacerdote a la cual los laicos asistían, celebrada en latín, en voz baja, dando la espalda al pueblo. El sagrado silencio era suspendido por algunos cantos devotos, o en la recitación del rosario (durante la liturgia de la Palabra venía a ser recitada la oración de la mañana al término de la cual seguía el rosario que proseguía durante toda la liturgia eucarística) y que se suspendía en la consagración con el toque de la campana para mirar la hostia y el cáliz en adoración silenciosa o recitando alguna jaculatoria. La espiritualidad de aquellos que asistían a la misa era estrechamente individual, cada uno se

5 Para esto véase el artículo: Lamberts, Jozef. (2005). L'évolution de la notion de “participation active” dans le Mouvement liturgique du XX siècle. *La Maison-dieu*, vol. 1 (no. 241), p. 77-120.

encerraba en sí mismo y se dedicaba a las propias prácticas de piedad, con mucha concentración y devoción... en vez de la participación... (p. 245)⁶.

Dom Beaduin no fue ciego a la realidad celebrativa del momento, él mismo pudo percibir cómo las comunidades parroquiales no eran participantes del misterio cristiano celebrado en la Eucaristía, e incluso, después al ingresar al Monasterio y en los desarrollos del Movimiento litúrgico advirtió el peligro de convertir la Liturgia en un conocimiento reservado sólo para unos cuantos, así lo expresaba: “¡Qué lástima que esta piedad permanece como prerrogativa de una élite; somos los aristócratas de la liturgia; debería todo el mundo alimentarse, lo mismo la gente más sencilla; debería democratizarse la liturgia” (Lambert, 2005, p. 90).

Esta misma situación percibida por el monje de Mont-César no era desconocida tampoco por los Padres en el Aula conciliar durante la primera y segunda sesión en 1962 y 1963, la cual trató propiamente el tema de la reforma litúrgica y, por consiguiente, también fue tenida en cuenta en la redacción del documento *Sacrosanctum Concilium* (S.C) y durante las decisiones tomadas por la comisión *Concilium*.

Como bien lo señala igualmente E. Mazza, el interés del concilio no fue construir un tratado doctrinal, sino que quiso meterse en el plano pastoral a fin de que los fieles pudieran intervenir en la celebración eucarística desde una participación activa (Ídem). Esto se puede verificar en lo expresado en el n. 48 de S.C.:

Por tanto, la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones –*ritus et preces*–, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos.

6 Traducción libre del italiano.

El punto neurálgico de la reforma litúrgica es la participación activa de los fieles. Cada uno de los intentos y especificaciones propias que se empiezan a hacer tiene como fin la participación plena de ellos en el Misterio⁷.

La ejecución de la Reforma podemos sintetizarla así: tras la aprobación de la Constitución el 4 de diciembre de 1963⁸, se constituye la comisión *Concilium ad exsequendam Constitutionem de Sacra Liturgia*, la cual fue acompañando y conformando las diversas comisiones para las investigaciones, consultas a varios sectores y elaboración de los nuevos textos que harían concreta la reforma⁹.

El 2 de Mayo de 1969 fue presentada a la prensa la constitución *Missale Romanum*¹⁰ con fecha del 3 de abril, Jueves Santo. Al mismo tiempo fue publicado el *Ordo Missae* que establecía que entraría en vigor el 30 de noviembre de 1969, primer domingo de Adviento. Sin embargo, sólo hasta 1970 el Misal Romano pudo ver la luz. El 11 de marzo el Papa Pablo VI lo aprueba y es publicado por decreto el 26 de marzo, Jueves Santo, por la Sagrada Congregación para el Culto Divino. El 17 mayo, en la celebración de sus bodas de oro sacerdotales, el Papa ordena a 278 sacerdotes a los cuales da como obsequio el misal promulgado por él.

Una coincidencia no debe dejarse pasar. Cuatro siglos antes, el 14 de Julio de 1570, el Papa Pío V, siguiendo el encargo del Concilio de Trento había entregado a la Iglesia su Misal.

7 En una conferencia impartida el 4 de diciembre de 2003 con motivo de los 40 años de la SC en el Instituto alemán de Liturgia de Tréves, el Cardenal Joseph Ratzinger sintetizó la reforma en tres intenciones fundamentales: comprensión, participación y simplicidad. La síntesis del encuentro puede leerse en: Heinz, Andreas. (2004) Rencontré avec le cardinal Joseph Ratzinger. *La Maison Dieu* vol. 2 (no. 238).

8 Una aprobación casi unánime: 2147 votos positivos y solo 4 negativos. Esto se debió a la excelente preparación del esquema que hizo no fuera rechazado, como sí lo serían otros después.

9 La síntesis que se hace a continuación es con base en lo expuesto por A. Bugnini en los cap. XXIV y XXV de su libro (1999) sobre el *Ordo Missae* y el Misal Romano respectivamente.

10 Al igual, se dio a conocer con él la *Institutio Generalis Missalis Romani* (IGMR) en este mismo año. En la edición ya oficial de 1970 se introdujeron algunos cambios. Cuando en 1975 se da la segunda edición del Misal, aparece con su respectiva *Istitutio* que realiza algunos cambios a ala anterior, especialmente por la desaparición del subdiaconado y de las órdenes menores en 1972, haciendo que los n. 141-152 fueran sustituidos para recoger las funciones del lector y del acólito. Ya en el 2002 con la Tercera edición del Misal apareció la última IGMR que había sido aprobada en el 2000 y que poseía ya no 340 números, sino 399. (Cf. Fanjul, 2008, p. 102-105).

Al llegar a este punto podemos preguntarnos: ¿qué elementos, entonces, realizó la Reforma Litúrgica con el fin de desvelar la gran riqueza litúrgica de la Eucaristía y en pro de la comprensión y participación de la asamblea? Podemos enumerar los siguientes, los cuales tienen su correspondencia en lo expresado de antemano en la Constitución conciliar sobre la Liturgia:

- La reforma del *Ordo Missae* (n. 50). Si bien los diversos cambios fueron importantes, es necesario resaltar la reforma realizada al Canon Romano y la inserción de nuevas plegarias eucarísticas.
- La mayor riqueza de lecturas bíblicas en la celebración (n. 51). A esto se debe la gran preparación que exigió la publicación del Leccionario y su separación del misal volviendo al uso antiguo.
- El restablecimiento de la homilía durante la celebración y obligatoria en domingos y fiestas de precepto con asistencia de pueblo (n. 52).
- El volver a la *oratio communis* o de los fieles (n. 53).
- La celebración en la lengua vernácula (n. 54). Si bien el concilio sólo lo indicó para las lecturas y la oración de fieles, el Papa lo amplió luego para toda la Eucaristía, inclusive la Plegaria Eucarística.
- La comunión de los fieles dentro de la celebración como participación perfecta en la misa y bajo las dos especies en casos específicos (n. 55)¹¹.
- La unidad entre Liturgia de la Palabra y la Eucaristía (56). Los de más edad recordarán que antes se decía que para cumplir con el precepto dominical sin incurrir en culpa grave, bastaba llegar al credo o al ofertorio, lo cual restaba toda importancia a la Liturgia de la Palabra.
- La concelebración (n. 57), la cual acentúa la unidad del sacerdocio y fue atestado como antiguo, como lo expresara, A. Franchesa, secretario de la comisión del ritual de la concelebración¹².

Un aspecto que quisiera resaltar especialmente es la eclesiología que posee la misma Reforma. El misal de Pío V es netamente una eclesiología clerical, como lo señala Mazza (2010): “el Misal de Pío V es un desarrollo del Misal de la Curia Romana y que tiene una concepción muy clerical de la liturgia, no con un sentido negativo de la palabra, sino como consecuencia de

11 Ya Pío XII en su Instrucción *De Musica Sacra et Liturgia* indicaba que la participación activa es completa cuando es sacramental.

12 Puede verse su texto “*La concelebrazione nelle comunità sacerdotali*”, en *Concelebrazione, Dottrina e pastorale*, Queriniana, Brescia, 1965.

que en aquel tiempo la celebración eucarística era una acción exclusivamente del sacerdote que la celebra, prescindiendo completamente de los fieles que incluso pueden no estar presentes” (p. 17). El mismo *Ordo Servandus* de este Misal, inicia con la palabra *sacerdos*, él es el único sujeto de la celebración y la distinción de las misas se daba en si era cantada o rezada, era una liturgia ante el pueblo pero sin él.

En cambio, el Misal de Pablo VI, posee verdaderamente una ecle-siología en el pleno sentido de su concepción. La distinción de la misa será entre misa con pueblo o sin pueblo, éste es determinante en la ejecución de la celebración, no es ya una simple espectador mudo o extraño ante lo que a sus ojos sucede e incluso, la Ordenación General del Misal Romano ya no empieza por la palabra *sacerdos*, sino afirmando que “la celebración de la Misa es acción de Cristo y del pueblo ordenado jerárquicamente”, si bien la relación a la jerarquía podría hacernos dudar del cambio, se encuentra sin fundamento, pues el sujeto de la acción junto con Cristo es el Pueblo de Dios.

Como bien lo expresa M. Fanjul (2008):

El Misal de Pablo VI es fruto de la autocomprensión actual de la Iglesia, hecha de tradición, de teología, de adaptación a las diversas comunidades. Su finalidad es siempre ayudar a participar plena y provechosamente de la Eucaristía. Lo exterior, el “modo” de celebrar, expresa y alimenta nuestra actitud interior de fe en los diversos momentos de la celebración, y nos ayuda a celebrar con espíritu eclesial (p. 117).

Si la reforma apela a la participación activa, es porque la Iglesia no puede tener otra forma que no sea ésta de celebrar el Misterio propio de su fe.

Es necesario preguntarnos aquí: ¿no sería más “efectivo” el lanzamiento de propuestas más “concretas” para despertar y mover al hombre contemporáneo a la fe y a la esperanza, que un “simple” promover una participación más plena de ellos en la Liturgia?

En una de las más bellas celebraciones eucarísticas que durante su pontificado presidió el Papa Benedicto XVI está, a mi parecer, la Consagración de la Iglesia y del Altar de la Basílica de la Sagrada Familia en Barcelona. En su homilía el Papa afirmó que “la belleza es la gran necesidad del hombre; es la raíz de la que brota el tronco de nuestra paz y los frutos de nuestra esperanza.

La belleza es también reveladora de Dios porque, como Él, la obra bella es pura gratuidad, invita a la libertad y arranca del egoísmo¹³.

La Liturgia está llamada a manifestar la belleza de Dios, al Dios que es belleza¹⁴. Si tanto Dios como la belleza se identifican, y hallan en la liturgia el lugar único y privilegiado de su epifanía¹⁵ podemos comprender con mayor profundidad lo afirmado por el Papa: La belleza, y Dios reflejado en ella en la acción litúrgica, es la gran necesidad del hombre.

La Liturgia celebra la esperanza, la hace palpable, pero a ella sólo se llega en la participación activa, plena y consciente. En cada liturgia que expresa la belleza de Dios el hombre contemporáneo descubre allí su lugar, y la necesidad inapelable de habitar en ella. El hombre, como ya hemos dicho, no debe acercarse a ella como espectador, sino que tras contemplar la esperanza, pasa a ser en cada liturgia, un hombre esperanzado por Aquél a quien contempla a velo descubierto.

Dom Beauduin no pensó en la renovación litúrgica como medio para satisfacer el deseo de unos cuantos entusiasmados con ella. Él vivió de cerca el proceso de descristianización de Europa, en especial, cuando antes de entrar al Monasterio conoció los problemas pastorales parroquiales y en su pertenencia a la Congregación de capellanes del trabajo –fundada en el 1894 en la línea de la encíclica *Rerum novarum* de León XIII con el fin de ocuparse de la clase obrera- y descubrió que en la promoción de la práctica litúrgica consciente y activa se encontraba un medio primordial de restaurar en las personas el verdadero espíritu cristiano y que dicha promoción suponía que los fieles comprendieran la liturgia, de ahí su énfasis en el aspecto didáctico, de la enseñanza de la liturgia (Cf. Lambert, 2005, p. 93).

Hoy, ad portas de la celebración del quincuagésimo aniversario de la SC, debemos reconocer que el gran error fue presuponer que la celebración de la eucaristía en lengua vernácula y de cara al pueblo, implicaba una com-

13 http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2010/documents/hf_ben-xvi_hom_20101107_barcelona_sp.html

14 En este punto es importante tener presente la característica de nuestra sociedad frente a una “anemia” de lo simbólico y de lo estético, los cuales, como elementos necesarios para una vivencia de lo sagrado, es necesario retomar (Cf. J.M. Mardones, 2002, p. 189).

15 Véase el libro: Evdokimov, Paul. (1971). *La teología della bellezza*. Roma: Paoline.

presión explícita de la Liturgia, siendo casi nula la catequesis mistagógica y los espacios para la enseñanza de la liturgia en las comunidades parroquiales que hasta hoy se han brindado.

Por esto, un gran reto pastoral es la promoción de la participación activa por parte del hombre de hoy en la Liturgia por medio de la inserción paulatina en el Misterio Pascual celebrado en ella a través de espacios didácticos y catequéticos, ya que con ello se está realizando algo verdaderamente “concreto” y “eficaz” para dinamizar en él la experiencia de la esperanza y de la fe en Dios, porque se le está llevando al encuentro cara a cara con Él, ante el cual sólo resta creer y esperar.

Conclusión – Un cielo nuevo y una tierra nueva

El filósofo y místico hasídico, Martín Buber, gran amigo de nuestro ya citado Paul Claudel¹⁶, en una ocasión durante un discurso pronunciado en Stuttgart en 1939 a las misiones cristianas de lengua alemana, afirmaba que “para el judío, es cristiano el hombre incomprensiblemente atrevido que afirma, en un mundo no redimido, que se ha cumplido su redención” (Buber, 2003, p. 152).

En cada Liturgia, los cristianos continuamos atreviéndonos a proclamar y celebrar la Redención realizada por Cristo, en ella contemplamos el cielo nuevo y la tierra nueva de los que habla el libro del Apocalipsis (21, 1) y a los que en esperanza escatológica esperamos poseer un día plenamente, mientas, como afirma Pablo, “aguardamos la feliz esperanza y la Manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo” (Tit 2, 13).

Es interesante anotar que la palabra indonesia para la esperanza traduce: “ver a través del horizonte” (Cf. Moltmann, 2000, p. 55). Relacionándola con nuestro tema, podemos encontrar que la Liturgia es verdadero lugar de esperanza para el hombre contemporáneo porque en ella se va más allá del horizonte limitado de cada persona y se pasa a uno nuevo e ilimitado, en ella se es capaz de contemplar al único dador de esperanza para la existencia:

16 Buber, junto con Emil Strauss, Jacob Hegner y Paul Claudel fundarían en 1913 la Unión Dramática en Hellaerau para la producción de obras clásicas y de repertorio.

el mismo Dios, y en Él, el hombre contempla en cada Liturgia su propia realidad con otra mirada, desde el horizonte de lo eterno.

En su célebre libro, *El drama del humanismo ateo*, afirma el jesuita Henry de Lubac (1990): “La tierra, que sin Dios no dejaría de ser un caos, para convertirse además en una prisión, es, en realidad, el campo magnífico y doloroso donde se elabora nuestro ser eterno. Así, la fe en Dios, que nada podría arrancar del corazón del hombre, es la única llama donde se alimenta –humana y divina- nuestra esperanza” (p. 12).

El fuego de esta llama, capaz de mover a la fe y a la esperanza el corazón de todo hombre, sólo es encendido en las brasas del altar en cada Liturgia donde el fuego divino halla en cada hombre que participa en ella, un ser dispuesto a ser abrasado y a experimentar la revelación interior que como un destello puede hacer capaz de exclamar a toda persona, como lo hizo en aquella tarde del día de la Navidad a Paul Claudel: “¡Dios existe y está ahí! ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! ¡Me ama!”.

Bibliografía

- Borobio, Dionisio (2008). Sacramentos y esperanza. En *Phase* Año 48, n. 284, marzo-abril 2008, p. 143-166.
- Buber, Martín. (2003). *Eclipse de Dios, estudios sobre las relaciones entre religión y filosofía*. Salamanca: Sígueme.
- _____. (1969). *Yo y Tú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cantalamesa, Raniero. (2007). *La Pascua de nuestra Salvación*. Madrid: San Pablo.
- Castellano, Jesús. (1987). Escatología. En Sartore, Domenico y Triacca, Achille M., *Nuevo Diccionario de Liturgia*. Madrid: Paulinas.
- De Lubac, Henry. (1990). *El Drama del Humanismo ateo*. Madrid : Encuentro.
- Claudel, Paul. (1940). “*Ma conversion*”. En *Contacts et circonstances*. París: Gallimard.
- Fanjul, Manuel. (2008). Acercamiento a la riqueza espiritual y celebrativa del misal de Pablo VI. *Teología y Catequesis*, (n. 106, Abril-Junio), p. 99-117.
- Lamberts, Jozef. (2005). L'évolution de la notion de “participation active” dans le Mouvement liturgique du XX siècle. *La Maison-dieu*, vol. 1 (no. 241), p. 77-120.



Mazza, Enrico. (2003). *La celebrazione eucaristica: Genesi del rito e sviluppo dell'interpretazione*. Bologna: EDB.

Mardones, José María. (2002). Nuevas situaciones socio-religiosas y su interpelación a la Iglesia y a la Liturgia. En *Phase* (no. 249), p. 189-209.

Molinero, Antonio. (1992). *Las otras liturgias occidentales*. Bilbao: EGA.

Moltmann, Jürgen. (2000). *El Espíritu Santo y la teología de la vida*. Sígueme: Salamanca.

